

ESTHERCITA

Esthercita, Esthercita... siempre tan fiel a tu padre, sus telarañas y la sala con ese pestilente olor a naftalina.

¡Pobre Esthercita, con tus amores tan acotados! ¡Qué sabías vos...! Nunca esperaste sentir esa ansiedad revoloteando por tu pecho. Los pocos pretendientes que pasaron por vos no te gustaron, tal como tu padre te predicaba. Pero éste... ¿Qué sabías vos? Pensabas que el amor era solo eso que sentías por los animalitos. Jamás se te ocurrió que podías sentirte como volando por esos rulos desaparejos, esa piel marrón aterciopelada, ese aliento a miel.

El juez tampoco entendió. No pudo entender que lo hiciste porque desconocías ese sentimiento.

¿Para qué saliste Esthercita? ¿Para qué fuiste a esa fiesta? Te hubieras quedado en tu sala, tocando la dulce arpa o quizá acariciando a tus mascotas, pero fuiste a la fiesta y allí lo viste, allí te quitó el aliento. Te paralizaste cuando lo viste venir hacia vos, acercándose a tu oído y diciéndote “¿Bailás?” Te incendió el cuerpo cuando suavemente te tomó por la cintura para rodearte con sus brazos. ¡Qué sabías vos de ese perfume de su piel! Te hizo perder vaya a saber por dónde... Extraviada y sin poder hilar un solo pensamiento. ¡Pobre Esthercita! Siempre tan segura, siempre sacando diez y con toda tu vida perfectamente controlada, prolija y limpia hasta doler.... ¡A vos justamente te viene a pasar esto! Tuviste un momento de descuido. Te enamoraste.

Bailaste perdiendo toda noción del tiempo hasta que pudiste inventar, con el poco aliento que te quedaba, la excusa para irte. Llegaste a tu casa con la convicción de haber tenido un sueño, una atractiva pesadilla y te dormiste soñando con ese monstruo gentil.

Despertaste viendo que fue solo una pesadilla, que el monstruo no existía y que la vida era esa misma que te hacía sentir segura. Todo tu mundo conocido: tu sala, tus mascotas y tu arpa. El día transcurrió para vos como en la plenitud de todos tus días, hasta que por la tarde tus padres fueron a la matinée del cine, vos quedaste sola con tus cosas y sonó el timbre.

Abriste la puerta y tu mundo se desbarrancó. Tal como un navegante del pasado, llegaste al fin de tierra plana, quedando más allá solo el averno: en la puerta los rulos desaparejos, la piel marrón aterciopelada (ahora desbordando entre su camisa desabotonada) y el aliento a miel. Saludó con un beso mortal en tu mejilla, lo hiciste pasar a tu sala, se sentó junto a vos en el sofá, y vos, caías en picada hacia el abismo. Caías como en un clavado al vacío, hasta que viste la cuerda de tu salvación. Al costado del sofá, descansando sobre una mesa de arrime, se

encontraba la caja con las cuerdas del arpa. Tomaste con las dos manos la del mi más grave, la bordona, y te deshiciste de tu pesadilla.

El juez nunca entendió.